

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La huelga de ferroviarios nos ha tenido en jaque algunos días; ahora que, al parecer, se ha terminado, no sé si a gusto de todos, pero en santa paz, vuelve a ser universal preocupación la guerra, cuyo término próximo vaticinan algunos optimistas a todo trance.

Cada tres meses corre la nueva de que la paz es inminente. La paz va a hacerse, la paz se hace. Serán componedores y árbitros muy altos señores: el Papa, el Rey de España, el Presidente de la República de los Estados Unidos. Merced a esta ingerencia noble y llena de recta intención, se igualarán en lo posible, se compensarán equitativamente los perjuicios y daños, se repartirán, como bizcocho a niños buenos, territorios europeos y colonias, indemnizaciones y rectificaciones de fronteras. El mapa, arreglado de nuevo, tendrá un aspecto simpático: las nacionalidades antes perseguidas reaparecerán en él, con los ojos fijos en el porvenir. Habrán conseguido realizar sus ensueños Irlanda y Polonia; Bélgica restañará sus heridas; Servia recobrará su personalidad, su libertad. Francia extenderá los brazos y estrechará en ellos a sus hijas, Lorena y Alsacia. Alemania será agraciada con vastas extensiones en los países más fértiles y ricos del África y del Asia. Y quedará todo el mundo tan satisfecho, que en un siglo no se volverá a pensar en romperse la crisma. Un siglo octaviano sucederá a este siglo de hierro y de fuego, que ha desolado la tierra...

Tales fueron los anuncios de pocos días ha. Se daba por cosa segura que Francia pedía la paz, y la pedía separadamente, cansada de la irrisoria ayuda que le prestaba Inglaterra. La cosa era cierta, ya lo veríamos dentro de corto plazo... Y muchos nos encogimos de hombros; pero no faltó quien se regocijase.

¿Por qué no creerlo? — me dicen. Esta guerra se ha de acabar alguna vez; todo se acaba. No estaremos eternamente sometidos a tan angustiosa pesadilla...

¡Pardiez! La guerra se ha de acabar. Pero cada día parece más demostrado que sólo puede acabarse por agotamiento, por consunción. Es un problema de resistencia. Y no hay medio de prever cuál de los contendientes tendrá mayor aguante. Se trata de una defensiva, y una defensiva paciente, tenaz, más que de bravas ofensivas y empujes terribles.

De suerte que considero verosímil lo que piensan bastantes: la guerra no terminará (yendo todo por sus cauces) hasta 1918.

Dispongámonos pues a seguir pagando todo o casi todo el doble que antes, y a carecer de muchas cosas que de Alemania y de Bélgica y de Inglaterra y de Francia nos venían.

Una de ellas es el cemento, vulgarmente conocido por *portland*. Contra el cemento tengo muchísimo que decir, a pesar de reconocer su utilidad en infinitos casos. No sé si tal utilidad compensa los daños que, desde el punto de vista de la estética, nos ha irrogado el cemento.

Desde que está en uso ese material, ha venido el abuso, y en lugar de dejarlo relegado a lo industrial, se le ha concedido beligerancia como material de ornato, y se hacen con cemento ¡hasta reproducciones de cuadros al óleo!

Si alguien creyese que exagero, puede escribirme preguntándome dónde he visto cosa tan singular y se lo diré. No lo pongo en letras de molde, porque no es mi ánimo causar a nadie la menor molestia. Y sin embargo, mi instinto artístico grita, y quisiera que llegase al cielo su clamor.

Poseo una casa cuya fachada es de piedra. Pertenece a un estilo que, sin ser de primera línea en arte, no carece de elegancia: el de la época de Carlos IV. Pues me han mandado, oficialmente, que recomponga esa fachada con *portland*. Es muy difícil resistir a la invasión de estas tendencias. Acabo de ver, en una ciudad de interesante traza, de caserío que pertenece en gran parte a tiempos más res-

tuosos con la belleza que el actual, una preciosa portada de iglesia, románico gótica, picada de nuevo, y que, por lo tanto, parece nuevecita flamante... Porque el medio pico de los imagineros y tallistas en piedra de la Edad Media, no es el pico sin carácter de los canteros de hoy.

De estas herejías vemos a cada instante por ahí. En cuanto al cemento, ha venido a ser algo como el unguento amarillo. A todo se aplica. Por dondequiera nos aburre su nota gris, fría, apagada, su odiosa lisura.

Sería bueno que los «poderes públicos» se fijasen en esto: que no es lícito, en naciones que, un día u otro, pueden prometerse algo de su riqueza artística y monumental, consentir que el gusto se estrague hasta el punto que es fácil advertir con sólo abrir los ojos. Hay cosas intolerables; no debe consentirse que se construya *contra* el arte. *Sin* arte, bueno, porque la construcción no puede a veces recargarse con exigencias de lujo; pero *contra* el arte, jamás. La mayor sencillez, modestia, hasta humildad en las edificaciones, admitido; pero afuera barandillas de cemento, balcones historiados de cemento, mascarones y ninfas y floripones de cemento, y demás atrocidades que infestan el nuevo caserío de lujo, de pretensiones modernas.

Siempre llamaré buen ciudadano al que realizó aquel atentado de Salamanca. Es el caso que un vecino tuvo la idea fatal de construir una casa, en cuya fachada unas cariátides modernistas, destacándose sobre un fondo rosa salmón, lucían lo que en la antigua literatura francesa se llamaba *appas*, y demostraban su aptitud para amas de cría. Y hubo un hombre sensato que, no sé si por tributo a la moral, (que nada tiene que ver con el asunto), o si por respeto a la belleza, indignado del contraste que formaban aquellas buenas señoras sin pies con el fondo tan magnífico de la que Unamuno llama «su Salamanca dorada» les escalfó una botella de tinta en la geta, y algo más abajo de la geta...

Y diz que los ediles, con admirable acierto, no consintieron que la tinta desapareciese. Allí quedó (al menos, quedaba hace años) el borrón enorme; símbolo de otro borrón arrojado sobre la artística ciudad y su esplendor arquitectónico...

¡Ah, y cuántas veces echo de menos la botella de tinta! ¡Si uno pudiese hacer cuanto se le pasa por la cabeza! ¡Menudos borrones echaríamos!

Uno de los fenómenos que la guerra trae consigo, es que nadie habla ni se ocupa de lo que en otra ocasión hubiera suscitado interés. Han muerto en Francia algunos escritores de verdadero mérito, cuya fama había traspuesto el Pirineo, y su desaparición no ha despertado eco alguno. Apenas una mención distraída en la prensa.

Julio Lemaitre era, sin duda alguna, el más notable. Porque, para distinguirse, entre la multitud de los escritores que como en una batuda saltan ante el público, no basta la afectación de la originalidad: se necesita llevar dentro algo propio; una sensibilidad particular, un conjunto de cualidades que forman un alma nuestra; y por eso, si Remy de Gourmont, que también acaba de morir, alardeó de mayor rareza en sus juicios y opiniones, como crítico, no por eso dejó Lemaitre de poseer un espíritu más fino, más capaz de percibir la belleza y sus cambiantes matices, y, también, más francés, más galo, con profunda impronta de la tradición nacional.

Julio Lemaitre era un renanista. Tomó de Renán el subjetivismo: nada de cánones, nada de principios: la impresión, traducida en un estilo ágil, suelto, sin almidón ni afeite, pero a mil leguas del abandono y de la extravagancia; con un lenguaje natural, más bien castizo, rebosante de espontaneidad.

Las impresiones de Lemaitre son sinceras, cálidas, jamás candorosas; tiene una dosis de malicia que le salva de la ñoñería y de los arranques de entusiasmo. Es comprensivo, sin dar en indulgente. No fué severo sino en nombre de su gusto, del goce que una obra le proporcionaba. Y es claro que esta manera de entender la crítica parece que se halla al alcance de cualquier pelgar; pero hay que tener en cuenta que no todos pueden ir a Corinto. Una persona de alta educación literaria y delicado sentido, está en su derecho si mide las obras de arte con su paraguas... La turbamulta también lo hace, pero no tienen valor sus juicios.

Y no de otra manera que Lemaitre, si bien se mira, han juzgado muchos que parecían montados en una doctrina y provistos de instrumentos de precisión. La diferencia está en que Lemaitre confiesa este modo de ser suyo, no se las echa de justo juez; mientras muchos que hablan en nombre de doctrinas y de principios, lo que hacen es dislocar esos principios y esas doctrinas, hasta que encajen en la

medida de su antojo, de sus simpatías y sus antipatías, aun cuando sean del todo infundadas.

¡Cuántos ejemplos de esto pudiéramos recordar! Sí, recordar — por cuenta propia —. Críticos de fama hemos visto pasar del mayor entusiasmo y encomio a la detracción más feroz, con la misma persona y con obras muy análogas, y no muy diversas en mérito. ¿Qué había ocurrido entre un libro y otro? Sólo podía ser una de dos cosas: o una molestia cualquiera en el crítico, por razones ignoradas, o un cambio en su capricho personal. En cualquiera de los dos casos, no son los principios, no son las teorías estéticas lo que ha variado en el crítico...

Así es que debe estimarse la franqueza con que un Lemaitre reconoce que sólo sus impresiones le guían. Y sus impresiones son lo que comunica al público, lo que exterioriza, lo que, por decirlo así, impone a sus lectores. No aspira a solucionar problemas: se contenta con sugerirlos. Y esto basta, a mi entender, para prestar alto valor a esos estudios que tienen apariencias de elegante juego intelectual.

He escrito la palabra, y debo insistir en ella: Lemaitre es, por esencia, presencia y potencia, lo que se llama un *intelectual*; vocablo bastante prodigado, mal aplicado las más de las veces, por confundir la naturaleza de las ocupaciones de un individuo con la naturaleza de su alma y de su mente. No basta, para llamarse intelectual, concurrir a círculos de carácter más o menos docto, ni hojear revistas, ni tragar libros, ni derramar penosamente o descuidadamente, en artículos de periódico, los frutos de su lo que no me atrevo a llamar ingenio; el intelectual necesita, sobre todo, inteligencia, una inteligencia fecundizada por el estudio, y no recargada de lo que en ella no cabe; una inteligencia que domine a la sensibilidad pero no la suprima, una inteligencia que perciba lo bello y lo sepa expresar cumplidamente. Todas estas condiciones reunía Lemaitre, y además poseía las dotes del escritor, en grado sumo. Era atrayente, amable, gracioso, risueño e irónico alternativamente. Y su crítica se leía como hubiera podido leerse la más entretenida novela.

La teoría literaria de Julio Lemaitre era sencillamente que la crítica es un medio de gozar con los libros. Hay quien entiende lo contrario, a saber, que cuanto más aburre una lectura, tanto más fruto se saca de ella. He oído sostener esta agradable teoría. No la he practicado jamás. Claro que no todos los libros que leemos nos causan igual placer. Pero el placer de leer un libro también sale de dentro: responde al mayor o menor interés que aportamos a la lectura, y a la relación que guarda con nuestra cultura especial.

Lemaitre fué, ante todo, un escritor y un pensador lleno de moderación y de equilibrio. Y hay fuentes de poesía que no se surten sino de los desequilibrados y los excesivos; y una literatura toda ella muy sensata quizás fuese también fatalmente mediocre. Así Lemaitre, sin darse cuenta de ello, o dándose, estuvo a mil leguas de los neoromanticismos de su tiempo. Nada de exageraciones, nada de misticismo. Y por este lado ha ido a emparentar con Voltaire.

Por lo demás, si buscamos una condición del talento de Lemaitre que lo defina, diré que era un curioso. No desdeñemos la curiosidad. Es la madre de todo saber. Desde la curiosidad de nuestra madre Eva, que enseñó a la humanidad la ciencia del dolor y del trabajo, hasta la curiosidad que hace marchitarse sobre retortas y alambiques a químicos y biólogos, cuanto sabemos, cuanto somos, nace de la curiosidad. He oído defender, en nombre de la curiosidad, a algo que se censura, general y unánimemente, hasta por los mismos que lo practican: la murmuración.

Son lugares comunes — me decía el paradojista — los que resuenan a cada instante en nuestros oídos, cuando de murmuración se trata. La murmuración, en altas esferas y sobre altas personas, no es más que la historia, encerrada en un cuchicheo. ¿Me quiere usted decir que hicieron Tácito y Suetonio, sino dar forma elocuente y decisiva a las murmuraciones de su edad?

Y confieso que me quedé pensativa. ¿Quién sabe si tenía razón?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.